



## ¿Un alfar romano de Labitolosa (La Puebla de Castro)?

*Por M<sup>a</sup> Ángeles MAGALLÓN BOTAYA PROFESORA Titular de Arqueología de la Universidad de Zaragoza*

LA ciudad hispano romana de Labitolosa (La Puebla de Castro. Huesca) nos sigue ofreciendo información acerca de la vida en una ciudad romana. Los quince años de trabajos arqueológicos que se llevan a cabo a lo largo del mes de agosto desde el año 1991, no sólo nos están permitiendo conocer el urbanismo y la vida de esta pequeña ciudad romana, sino que nos permiten acercarnos a la vida cotidiana de las gentes que habitaron el Alto Aragón en época romana. De entre los restos hallados destacamos una serie de ladrillos procedentes de un alfar local, en los que un pequeño sello impreso en su superficie, nos acerca a algunos aspectos de la historia de Labitolosa que desconocíamos.



Sellos de Labitolosa.

[➔ Comprar esta foto](#)

En primer lugar podemos decir que en Labitolosa, al igual que sucede en muchas de las ciudades romanas había un alfar, y en este caso, por los materiales que hemos hallado, dedicado a fabricar materiales de construcción. Los ladrillos, tejas y otros objetos relacionados con esta actividad empleados en la realización de las diferentes edificaciones que se levantaron en la ciudad, fueron fabricados en un alfar local.

La presencia de un sello en estos materiales nos permiten conocer mejor la sociedad de Labitolosa y sobre todo a un personaje denominado: Q.C.C. TOLO, el misterioso propietario del alfar.

Una de las primeras preguntas que se plantea el investigador está en relación con el lugar donde se hallaba el alfar. En este sentido las leyes romanas eran muy explícitas y sabemos, por ejemplo, que en la Lex Vrsonensis se prohibía expresamente que los talleres de este tipo se instalaran en el interior de las ciudades. Según las leyes, los alfares se colocan en sus inmediaciones, en lugares con buena arcilla, agua y posibilidad de combustible y evitando molestias a los habitantes de las mismas. En el nivel de nuestros conocimientos actuales no conocemos la situación del horno de Labitolosa, aunque sin duda estaban fuera del casco urbano, en un lugar en el que se cumplan los requisitos necesarios para poder fabricar los materiales cerámicos, como por ejemplo que la dirección del viento no traslade los humos al interior de la ciudad.

Otra pregunta que nos hacemos hace referencia a la forma y la organización del alfar. En el mundo romano había una industria artesanal relacionada con la cerámica muy desarrollada. Existían auténticos complejos industriales dedicados a la fabricación de la cerámica de mesa, de almacén y transporte. Por ejemplo, en la pequeña población de Tricio (La Rioja) había un gran complejo que abasteció de cerámica de mesa a gran parte de Hispania a lo largo de los siglos primero, segundo y tercero de nuestra era y cuyas producciones también llegaron al Alto Aragón. Recordemos que, en el mundo romano, gran parte de los objetos relacionados con la vida cotidiana estaban realizadas con este material. Las cazuelas para cocinar, los platos y vajilla de mesa, los vasa potoria (vasitos de cerámica que son sustituidos por los vasos de vidrio) para beber, las ánforas para almacenar y transportar el vino, el garum, el aceite, etc. y otras grandes vasijas que contenían áridos y otros alimentos.

El hallazgo de los sellos aunque no excepcional, es un descubrimiento interesante ya que no todas las producciones del alfar se sellaban, aleatoriamente se ponía un sello en algunos de los objetos que salían del alfar, generalmente en las pilas de tejas expuestas al sol se ponía el sello en algunas de ellas, lo mismo sucedía en los ladrillos empleados en la construcción de las termas u otras edificaciones de la ciudad. En estos sellos se indicaba de un modo abreviado, generalmente con las iniciales de los tria

nomina romanos, el nombre del propietario o del artesano que trabajaba en el alfar. En otros casos se menciona la oficina o taller con el nombre del propietario y el esclavo o artesano.

En el caso de nuestra oficina labitolosana creemos que el sello Q.C.C. TOLO corresponde al propietario del alfar. Q(uinto).C.C. Tolo(sanus) era el propietario de un taller situado en las cercanías de Labitolosa, ya que como suele ser habitual en el consumo de este tipo de material, la fabricación es local y cercana. Los ejemplos que hacen referencia a los esclavos o artesanos son más frecuentes en los materiales cerámicos de mesa y fabricados en grandes complejos que distribuían sus producciones en un amplio territorio, como el mencionado caso de Tricio.

En otros lugares, como en Roma, existen importantes ejemplos de ladrillos con sello -bolli laterizi- que además llevan el nombre de los cónsules epónimos -los que dan nombre al año- y así constituyen un elemento extraordinario para fechar los monumentos. Pero en Labitolosa sólo hemos encontrado cinco fragmentos de ladrillo con la pequeña inscripción de Q.C.C. TOLO, no obstante su estudio nos ha permitido conocer aspectos de nuestra localidad que desconocíamos.

Respecto al nombre del personaje, Q.C.C. TOLO, que aparece abreviado, sabemos que era un ciudadano romano, ya que llevaba los tres nombres que constituyen la fórmula onomástica de un ciudadano. Podemos reconstruir su prenomen que sin duda era Quintus, respecto a su nomen y cognomen, sólo sabemos que comienzan por C. Rastreando en la onomástica de los personajes de Labitolosa hallamos paralelos y muy bien pudo denominarse Clodius, como Marco Clodio Flacco el gran prohombre de la ciudad.

Respecto a su cognomen no hallamos paralelos. Sin embargo nuestro personaje Quinto Clodio C (?) nos ofrece un dato de sumo interés, alude a su origo, su localidad natal, en este caso TOLO. Quinto Clodio C(?) era originario de una localidad cuyo nombre es TOLO, pensamos, por tanto, que Q.C.C. era, probablemente, un Tolo(sanus?) y en las proximidades de Labitolosa hallamos unos paralelos de gran interés.

En primer lugar observamos que una de las ciudades romanas conocidas con este nombre Tolous, se halla muy cerca de Labitolosa. Naturalmente, el paso siguiente es analizar el significado exacto de este adjetivo y descifrar su relación con los topónimos Labitolosa, la capital de ciuitas que estamos exhumando y con Tolous, estación viaria citada en el itinerario de Antonino (391, 3) en la vía Ilerda-Osca, a XXXII millas de Ilerda y a XVIII de Pertusa, ambos muy cercanos. Tolous se ubica en el actual yacimiento arqueológico de Cerro de La Alegría en Monzón, no muy lejos de la ciudad. Nuestro personaje, por lo tanto, pudo ser oriundo de esta localidad, trasladado a la nueva ciudad de Labitolosa, recuerda con orgullo su origen y así lo menciona.

Los materiales fabricados en el alfar situado en las proximidades de la ciudad, fueron utilizados en la construcción de los edificios de Labitolosa. Pensemos en el necesario traslado de los materiales desde el lugar de producción al de su empleo y el encarecimiento de los mismos si está muy alejado. Hemos hallados restos de estos ladrillos sellados en las Termas, en la Domus y en el Foro, por lo tanto el mismo alfar abasteció de material de construcción a todos los monumentos. Considerando que los materiales pudieron formar parte de los edificios desde el momento en el que fueron construidos, esto es, entre los años 60 y 90 de nuestra era, podemos situar al menos en esas tres décadas la actividad del taller que, con su producción, participó en la realización de los principales edificios de Labitolosa. Dichas circunstancias permiten proponer la existencia de un taller de gran importancia local que abastecía todos los proyectos realizados a finales del siglo I d.C.

En resumen, el estudio de las marcas latericias halladas en Labitolosa pone de manifiesto una vez más la importancia que para la historia económica y social tienen este tipo de documentos. Y, por si fuera poco, el único sello conocido hasta el momento aporta elementos fundamentales para poder establecer la geografía antigua de la zona prepirenaica central.